

—De rodillas!

El asesino volvió la cara y se vió delante á Enjolras, pálido y sereno, que llevaba una pistola en la mano. Había acudido al oír la detonación: con la mano izquierda tenía asidos el cuello, la blusa y la camisa de Cabuc.

—De rodillas! repitió.

Con soberano movimiento el delicado jóven de veinte años dobló como una caña al ganapan robusto y le arrodilló en el suelo.

Cabuc trató de resistirse, pero se encontró con que le sujetaba un puño sobrehumano.

Enjolras, pálido, con el cuello descubierto, con el pelo esparcido y el semblante femenino, tenía en aquel momento algo de Thémis. La nariz abierta y los ojos bajos daban á su implacable perfil griego la expresión de cólera y de castidad que el mundo antiguo aplicaba á la Justicia.

Los insurrectos de la barricada habían acudido y estaban colocados en círculo á cierta distancia, comprendiendo que nada debían decir ante lo que iban á ver.

Vencido Cabuc, no trataba ya de defenderse y temblaba de pies á cabeza.

Enjolras lo soltó, y sacando el reloj, le dijo:

—Recógete dentro de tí mismo! Ora ó piensa. Te queda un minuto!

—Perdon! exclamó el asesino. Después bajó la cabeza y balbuceó juramentos casi inarticulados.

Enjolras, cuando pasó el minuto, cogió á Cabuc por la nuca y apoyó en las sienas de éste el cañón de la pistola. Muchos de aquellos hombres intrépidos, que voluntariamente se habían metido en la peligrosa situación en que se veían, volvieron la cabeza al otro lado. Oyóse una explosión y el asesino cayó á tierra boca abajo.

Enjolras se enderezó y paseó á su alrededor la mirada convencida y severa. Después empujó el cadáver con el pié y dijo:

—Que echen eso fuera.

Tres hombres levantaron el cuerpo del asesino, que se agitaba en las convulsiones últimas y maquinales de la vida espirante, y le arrojaron por encima de la barricada en la callejuela Mondetour.

Enjolras se quedó pensativo. No sabemos qué grandiosas tinieblas se esparcían lentamente sobre su imponente severidad. De pronto levantó la voz y todos le escucharon silenciosamente.

—Ciudadanos, dijo, la acción de ese hombre es espantosa, la mía horrible. Mató y por eso le he matado. Obré así porque la insurrección debe tener disciplina. El asesinato es en estos momentos mayor crimen que en otras circunstancias: nos mira la Revolución, somos los apóstoles de la República, somos las víctimas del deber, y es preciso no dar ocasión para que calumnien nuestra lucha. Por eso he juzgado y condenado á muerte á ese hombre. He creído que mi deber era obrar de ese modo, á pesar de que detesto esa manera de obrar; me he juzgado á mí mismo y ya sabéis á lo que me he condenado.

Los que le oían temblaban.

—Participaremos de tu suerte, le dijo Combeferre.

—Os lo agradezco, respondió Enjolras. Oid algunas palabras más. Al matar á ese hombre obedecí á una necesidad; pero la necesidad es un monstruo del mundo antiguo, la necesidad se llama fatalidad. La ley del progreso ha de obligar á que los monstruos desaparezcan ante los ángeles, á que la fatalidad desaparezca ante la fraternidad. Momento es este inoportuno para pronunciar la palabra amor; pero no importa, la pronuncio y la glorifico. Amor, tuyo es el porvenir. Muerte, me sirvo de tí, pero te aborrezco. Ciudadanos: en el porvenir no habrá tinieblas, ni rayos, ni feroz ignorancia, ni pena sangrienta del talion: como no habrá Satanás, no será necesario Arcángel. En el porvenir nadie matará á nadie; el mundo será resplandeciente y el género humano amará. Al fin llegará el día en que todo sea amor, concordia y armonía, luz, alegría y vida; llegará, y para que llegue, nosotros vamos á morir.

Enjolras calló; sus labios castos se cerraron y permaneció algún tiempo en pié en el sitio en que había derramado sangre, con la inmovilidad del mármol. Los demás hablaban en voz baja á su alrededor.

Juan Prouvaire y Combeferre se estrechaban la mano silenciosamente, apoyados uno sobre otro en el ángulo de la barricada, y miraban con admiración compasiva á aquel jóven tan grave, verdugo y sacerdote, transparente como el cristal y duro como la roca.

Después que terminó el combate, cuando llevaron los cadáveres al depósito y los registraron, se encontró en el de Cabuc una cédula de agente de policía. El autor de este libro tuvo en las manos

en 1848 el informe especial que con este motivo recibió el prefecto de policía de 1832.

Añadamos á esto que, si hemos de dar crédito á extraña tradición de la policía, pero probablemente fundada, Cabuc era Suenadinerero. Este miserable no dejó huella alguna de su desaparición.

Los insurgentes estaban aun emocionados con el trágico suceso, instruido y terminado con tanta rapidez, cuando Courfeyrac vió en la barricada al jóvenillo que por la mañana preguntó en su casa por Mario.

Este jóven, de aspecto atrevido é indiferente, vino por la noche á buscar á los insurrectos.

LIBRO DÉCIMOTERCIO

Mario entra en la oscuridad.

I.

Desde la calle Plumet al barrio de San Dionisio.

La voz que en la oscuridad de la noche intimó á Mario á que acudiera á la barricada de la calle de Chanvrière, le produjo el mismo efecto que si le llamase la voz del destino. Quería morir y se le presentaba la ocasión; llamaba á la puerta de la tumba y una mano sombría le enseñaba la llave. Son tentadoras las lúgubres cortaduras que se hacen en las tinieblas. Mario salió del jardín por el hierro de la verja, diciendo:

—Concluyamos!

Loco de dolor, no hallando nada fijo ni sólido en su cerebro, incapaz de aceptar ningún dón de la suerte, después de haber pasado dos meses en la embriaguez de la juventud y del amor, oprimido por todos los delirios de la desesperación, no tenía ya más deseo que el de terminar pronto la vida.

Empezó á andar con rapidez; precisamente se encontraba armado con los dos cachorrillos que le dió Javert. El jóven que creyó ver y que le llamó se había perdido ya en la oscuridad de las calles.

Mario salió de la calle Plumet por el boulevard, atravesó la esplanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos y la plaza de Luis XV y llegó á la calle de Rivoli. Las tiendas allí estaban abiertas, el gas lucía en las arcadas,

las mujeres compraban en las tiendas, se servían helados en el café Laiter y se comían pastelillos en la pastelería inglesa. Algunas sillas de posta partían al galope del hotel de los Príncipes y del hotel Mauricio.

Mario entró por el Pasaje Delorme, en la calle de San Honorato: allí las tiendas estaban cerradas, los comerciantes hablaban en las puertas entreabiertas, los transeúntes circulaban, los faroles estaban encendidos; desde el primer piso todas las ventanas estaban alumbradas como de costumbre. En la plaza del Palacio Real había caballería.

Mario siguió la calle de San Honorato. A medida que se alejaba del Palacio Real había menos ventanas con luz, las tiendas estaban cerradas y no había gente en las puertas, la calle se oscurecía y se espesaban los transeúntes, formando ya muchedumbre; ésta no hablaba, pero exhalaba murmullo sordo y profundo. Hacia la fuente del Arbol Seco había grupos inmóviles, sombríos y fijos, entre los grupos que iban y venían, como piedras en medio de la corriente.

A la entrada de la calle de Prouvaires la multitud no andaba ya; formaba un bloc resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, de gente amontonada que hablaba en voz baja. Apenas se veían allí levitas negras ni sombreros redondos; solo se veían chaquetones, blusas, casquetes y cabezas erizadas y terrosas.

Esta multitud ondulaba confusamente en la bruma nocturna; sus cuchicheos tenían el acento de un estremecimiento. Aunque nadie andaba, se sentía en el lodo continuo pisoteo.

Más allá del espesor de la multitud, en la calle de Roule, en la de Prouvaires y en la prolongación de la de San Honorato, no había ya ninguna vidriera que reflejase luz. Se veían perderse en aquellas calles las filas solitarias y decrecientes de faroles.

Estos, en aquel tiempo, parecían gruesas estrellas rojas, colgadas de cuerdas, y proyectaban en tierra una sombra que tenía la forma de una araña grande.

Dichas calles no estaban desiertas. Había en ellas fusiles formando pabellones, bayonetas que se movían y tropas que vivaqueaban.

Ningún curioso pasaba de aquel límite; allí cesaba la circulación, allí concluía la multitud y empezaba el ejército.

Mario acudía con toda la voluntad

del hombre que ha perdido la esperanza. Llamaban y debía ir. Pudo atravesar por entre la multitud y por entre la tropa, ocultarse de las patrullas y evitar los centinelas. Dió un rodeo, llegó á la calle Bettisy y se dirigió hácia los Mercados.

En el extremo de la calle de Bourdonnais ya no habia faroles encendidos.

Después de atravesar la zona que ocupaba la multitud, habia traspasado el límite de la tropa y se veia envuelto en algo terrible.

No encontró ya ni un transeunte, ni un soldado, ni una luz; nada. Nada más que silencio, noche, soledad y frío: entrar entonces en una calle era entrar en una cueva.

Continuó avanzando.

Dió algunos pasos y álguien pasó corriendo por su lado.

Era hombre? era mujer? ¿Era uno ó eran algunos?

No lo pudo conocer; lo que pasó se habia desvanecido.

Caminando casi á tientas llegó á una callejuela que creyó que era la de la Poterie, pero al medio de la calle encontró un obstáculo. Extendió las manos y tropezó con una carreta volcada, y al mismo tiempo estaba pisando charcos de agua, lodazales y adoquines amontonados y esparcidos. Allí se empezó á construir una barricada, que antes de terminar abandonaron. Pasó por encima de los adoquines y saltó á la otra parte del obstáculo. Andaba siempre muy cerca de los guardacantones, guiándose por las fachadas de las casas. A pocos pasos de la barricada le pareció ver una cosa blanca; se acercó y los bultos adquirieron forma; eran dos caballos blancos, los caballos del ómnibus que Bossuet desenganchó aquella mañana, que fueron errantes todo el día y concluyeron por pararse allí con la paciencia sumisa de los animales, que no comprenden los actos de los hombres, como el hombre no comprende los actos de la Providencia.

Mario pasó adelante, dejando tras sí los caballos. Cuando llegó á la calle del Contrato Social oyó un tiro, que no supo de dónde venia; el fogonazo atravesó la oscuridad, pasó por su lado, y la bala fué por encima de su cabeza á dar en una vacía colgada en la puerta de un barbero. Aun se veia en 1846 en la calle del Contrato Social, en el extremo de los pilares del Mercado, dicha vacía agujereada.

El tiro que oyó aun representaba la vida, pero desde entonces ya nada encontró. Su itinerario se asemejaba á la bajada por una escalera de sombríos peldaños.

Pero no por eso dejó Mario de seguir adelante.

II.

Paris á vista de buho.

El sér que pudiera cernerse sobre Paris en aquellos momentos con alas de murciélago ó de mochuelo descubriría lúgubre espectáculo.

Todo el antiguo barrio del Mercado, que es como una ciudad dentro de otra, que atraviesan las calles de San Dionisio y de San Martin, en el que se cruzan mil callejuelas, de las que hicieron los insurrectos reductos y plazas de armas, se le hubiera aparecido como un agujero inmenso y sombrío en el centro de Paris. Las miradas se perdian allí en un abismo, en el que cesaba toda luz, toda vida, todo rumor y todo movimiento. La policia invisible del motin velaba en todas partes y conservaba el orden, es decir, la noche; porque la táctica necesaria de la insurreccion es ocultar su número en la oscuridad, multiplicando la posibilidad de combatientes innumerables. Al anoecer todas las ventanas que tenían luz recibieron alguna bala que la apagó, y que apagó también alguna vez la vida del vecino. Nada, pues, se movia; en las casas reinaba el temor, el estupor y la tristeza, y en las calles una especie de horror sagrado.

Mirando desde lo alto el conjunto de sombras, quizás se pudiera descubrir aquí y allá, de distancia en distancia, algunos resplandores que permitian ver líneas quebradas y caprichosas, perfiles de construcciones extrañas, algo parecido á luces que fueran y vinieran por entre ruinas: eran las barricadas. El resto de la sombra era un lago de oscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, sobre el que se levantaban inmóviles y lúgubres la torre de Santiago, la iglesia de Saint-Merry y dos ó tres edificios más, gigantes creados por el hombre y que la noche convierte en fantasmas.

Alrededor de este laberinto oscuro, desierto y alarmante, en los barrios donde no habia cesado la circulacion y habia faroles encendidos, el observador aéreo podria distinguir el centelleo metálico de los sables y de las bayonetas, el sordo

rumor de la artilleria y el latido de los batallones silenciosos, que engrosaban por instantes y eran como la muralla formidable, que se estrechaba y cerraba alrededor del motin.

El barrio insurrecto era una especie de monstruosa caverna; en él todo parecia dormido é inmóvil: como acabamos de decir, cada calle era una sombra espesa. Sombra terrible, llena de peligros, de obstáculos desconocidos y espantosos; sombra en la que era temible entrar y peligroso permanecer.

En ella solo podia esperarse la claridad del relámpago de los fusiles y el encuentro de la aparicion brusca de la muerte. Dónde? Cómo? No se sabia, pero era cierta é inevitable. En aquel sitio designado para el combate, el gobierno y la insurreccion, la Guardia nacional y las sociedades populares, el orden y el motin iban á buscarse á tientas. La necesidad era la misma para unos y para otros; tenían que salir de allí ó muertos ó vencedores. Era tan extremada la situacion y tan poderosa la oscuridad, que los más tímidos estaban resueltos y los más atrevidos aterrados.

Por lo demás, combatirían por ambas partes con igual furia, con igual encarnizamiento, con igual decision. Para los unos, avanzar era morir, y no pensaban retroceder; para los otros, permanecer era morir, y no pensaban en la fuga.

Al salir el sol al día siguiente debia terminar el combate, siendo vencedor uno de los dos bandos, ya convirtiéndose el motin en revolucion, ó ya siendo nada más que un chispazo extinguido. Así lo comprendia el gobierno, lo mismo que los partidos y que el último ciudadano. Por eso una idea de angustia se mezclaba á la oscuridad impenetrable de aquel barrio, en el que todo iba á decidirse, y anhelante ansiedad se cernia alrededor de aquel silencio, de donde habia de brotar la catástrofe.

Solo se oia un ruido, doloroso como un gemido, amenazador como una maldicion; el toque á rebato de Saint-Merry. Era glacial el clamor de su campana, perdida y desesperada, quejándose en las tinieblas.

Parecia que la naturaleza se habia puesto de acuerdo con lo que los hombres iban á hacer; nada se oponia á las armonias del conjunto. En el cielo no brillaban las estrellas, y pesadas y oscuras nubes cubrian el horizonte. El cielo negro gravitaba sobre las calles muer-

tas, como si desplegase inmensa mortaja sobre inmensa tumba.

Mientras una batalla política se preparaba en el sitio que habia ya presenciado muchos sucesos revolucionarios; mientras la juventud, las sociedades secretas, las escuelas con sus teorías y la clase media con su interés se aproximaban para chocarse, para pelear y para derribarse; mientras cada uno evocaba la última y decisiva hora de la crisis, fuera del barrio fatal, en lo más profundo de las cavidades insondables del viejo y miserable Paris, que desaparece cegado por la espléndidez del Paris dichoso y opulento, se oia sonar lúgubremente la voz sombría del pueblo. Voz terrible y sagrada, que se compone del rugido de la fiera y de la palabra de Dios; voz que aterra á los débiles y avisa á los sábios, que viene siempre de abajo, como el rugido del leon, y de arriba, como el estampido del trueno.

III.

El límite extremo.

Mario llegó al Mercado.

Allí todo estaba más tranquilo, más oscuro y más inmóvil que en las calles cercanas. Parecia que la paz glacial del sepulcro habia salido de la tierra y se habia extendido por el cielo.

Sin embargo, por encima de las casas que cerraban la calle de la Chanvrerie, por el lado de San Eustaquio, se descubria claridad rojiza. Era el reflejo de la antorcha que ardia en la barricada de Corinto. Mario se dirigió hácia esa claridad; siguiéndola llegó al Mercado de legumbres; descubrió la tenebrosa embocadura de la calle de Predicadores y entró en ella. El centinela de los insurrectos que vigilaba al otro lado de la calle no le vió. Mario conoció que ya estaba cerca del sitio adonde se encaminaba, y andaba de puntillas. Así llegó al recodo del trozo de la calle de Mondetour, que era la única comunicacion que con el exterior habia conservado Enjolras.

Al llegar Mario á la esquina de la última casa, á la izquierda, adelantó la cabeza y miró por este trozo de la calle. Algo más allá de la esquina que forma el callejon y la calle de la Chanvrerie divisó resplandor en los adoquines de la entrada del figon, y una lamparilla agonizando en una especie de muralla informe y hombres acurrucados con fusi-

les entre las rodillas. Era el interior de la barricada, que estaba á unas diez toesas de él.

Las casas que flanqueaban la calle-juela por la derecha le tapaban el resto del figon, la gran barricada y la bandera.

Para llegar allí tenia que andar pocos pasos; pero el desventurado jóven se sentó en un guardacanton, cruzó los brazos y se puso á pensar en su padre. Recordó que el heróico coronel Pontmercy fué tan bravo soldado, que defendió en la época de la República las fronteras de Francia y que llegó con el emperador hasta las fronteras de Asia; que habia estado en Génova, Alejandría, Milán, Turin, Madrid, Viena, Dresde, Berlin y Moscow, dejando en todos estos campos de gloria gotas de la sangre que corria por las venas de su hijo; recordó que su padre envejeció antes de hora en la disciplina y el mando; que habia vivido con el cinturón abrochado, con las charreteras caídas hácia el pecho, con la escarapela ennegrecida por la pólvora, con la frente arrugada por el casco, en el campamento, en el vivac, en los hospitales de campaña; y que al cabo de veinte años volvió de las grandes guerras con una cicatriz en la mejilla, pero con el semblante risueño, sereno y puro como el de un niño, despues de haberse sacrificado por la Francia.

Mario, al recordar todo esto, se decia que ya habia sonado para él su hora; que, imitando á su padre, iba tambien á ser valiente, intrépido y atrevido, á afrontar las balas, á derramar su sangre, á buscar al enemigo y á encontrar la muerte; que á su vez iba á pelear al campo de batalla, que ahora era la calle, y que iba á empeñarse en la guerra civil.

Pero vió la guerra delante de él como si fuera un precipicio en el que iba á caer, y se estremeció. Se acordó de la espada de su padre, que su abuelo vendió á un prendero, y que tanto habia sentido privarse de ella en sus dolorosas aflicciones. Aprobó entonces que aquella valiente y casta espada huyese de sus manos é irritada se perdiese en la oscuridad; huyó de él porque era inteligente y preveía el porvenir; presentia el motin, la guerra en las calles, las descargas disparadas por los respiraderos de las cuevas, los golpes dados y recibidos por la espalda; huyó de él porque, viniendo de Marengo y de Friedland, no queria ir á la calle de la Chanvrerie, y habiendo salido tan

honrosa de las manos del padre, no queria deslucirse en las manos del hijo.

Se dijo además Mario que si tuviera en su poder dicha espada, recibida en la cabecera de la cama de su padre moribundo, y se hubiese atrevido á empuñarla en el combate nocturno entre franceses, en una encrucijada, le quemaria la mano y la veria fulgurante como la espada del ángel. Pensó que era un bien no haberla adquirido y que era justo que desapareciese; que su abuelo fué el verdadero guardian de la gloria de su padre, y que era preferible que la espada del coronel se subastara en una almoneda, se vendiera á un prendero, ó se arrojase entre el hierro viejo, á emplearla en herir á la pátria.

Mario, pensando esto, lloraba.

Qué iba á hacer? Vivir sin Cosette le era imposible; habiéndose ella separado de él, debia morir, porque le dió palabra de honor de morir. Cosette lo sabia y, sin embargo, se ausentaba; luego queria que Mario perdiese la vida. Ella realmente no le amaba, porque partió sin avisarle, sin escribirle, sabiendo la direccion de su domicilio. ¿Para qué queria, pues, vivir? Llegó Mario hasta allí sin retroceder. ¡Se acercaba al peligro para huir de él! ¡Iba á la barricada para alejarse de ella! Decir ya he visto el sitio del combate, pero este combate es una guerra civil, y la abandono. ¿Pero habia de abandonar á sus amigos, que le esperaban en el momento del peligro, que quizás le necesitaran, que eran un puñado contra un ejército; habia de faltar á un mismo tiempo al amor, á la amistad, á su palabra, y escusar su cobardía con el pretexto del patriotismo? Esto era imposible; y si el fantasma de su padre se le apareciese y le viera retroceder, le azotaria con la espada de plano y le gritaria: Anda, cobarde!

Dominado por el tumulto de estos pensamientos inclinó la cabeza.

De pronto la irguió. Acababa de verificarse en su espíritu espléndida rectificacion. El pensamiento se dilata al sentir la aproximacion á la tumba; estar cerca de la muerte hace conocer la verdad. La vision del combate, en el que se veia próximo á entrar, no se le presentaba ya horrible, sino grandiosa. La guerra de las calles se transfiguró súbitamente, por medio de cierto trabajo interior del alma, ante los ojos de su pensamiento. Todos los tumultuosos interrogantes del desvario se le aparecieron otra vez

en conjunto, pero sin turbarle, y respondió á todos ellos.

¿Por qué se habia de indignar su padre? ¿No hay circunstancias en las que la insurreccion se eleva hasta la dignidad del deber? ¿Por qué habia de ser, pues, ruin el combate en que iba á empeñarse el hijo del coronel Pontmercy? No es la accion de Montmirail, ni la de Champaubert; es otra cosa: no se trata de un territorio sagrado, sino de una idea santa. La patria podrá quejarse, pero la humanidad aplaudirá; pero, ¿verdaderamente la patria se queja? Es cierto que la Francia vierte sangre, pero la humanidad sonríe, y ante la sonrisa de la libertad, Francia olvida sus heridas.

Mirando los hechos desde su punto de vista más elevado, ¿qué quiere decir guerra civil? ¿Hay acaso guerras extranjeras? ¿Todas las guerras entre hombres no son guerras fratricidas? La guerra no debe calificarse por su objeto. No hay guerra extranjera, ni guerra civil; solo hay guerra justa é injusta. Hasta el dia en que se sancione el gran concordato humano, por lo menos la guerra que representa el esfuerzo hácia el porvenir, que lucha con el pasado, que se atrasa, puede ser necesaria. ¿Qué tiene, pues, de censurable esta clase de guerra?

La guerra no es una vergüenza; la espada solo se convierte en puñal cuando asesina al derecho, al progreso, á la razon, á la civilizacion ó á la verdad. Entonces, sea guerra civil ó extranjera, es inicua; se llama crimen. Fuera de la justicia, ¿con qué derecho una forma de la guerra condenará á la otra? ¿Con qué derecho la espada de Washington renegará de la pica de Camilo Desmoulins? Leonidas yendo contra el extranjero y Timoleon contra el tirano, ¿cuál de los dos es más grande? El uno es defensor y el otro libertador. ¿Habrá que motejar, sin pensar en el fin, el empuñar las armas en el interior de las ciudades? Entonces infamado á Bruto, á Marcelo, á Arnolde de Blankenheim, á Coligny.

Guerra entre árboles! guerra en las calles! Por qué no? Esa era la guerra de Ambiorix, de Artevelde, de Marnix, de Pelayo. Pero Ambiorix luchaba contra Roma, Artevelde contra Francia, Marnix contra España y Pelayo contra los moros; todos contra el extranjero.

Pues bien; la monarquía es el extranjero, la opresion es el extranjero, el derecho divino es el extranjero. El despotismo viola la frontera moral, como la

invasion viola la frontera geográfica. Expulsar al tirano ó expulsar al inglés es, en ambos casos, recuperar el propio territorio.

Llega una hora en la que ya no basta protestar; despues de la filosofía se necesita la accion, y la viva fuerza termina lo que la idea aboceta.

Prometeo, encadenado, empieza y Aristogiton concluye; la Enciclopedia ilumina los espíritus y el 10 de Agosto los electriza.

Detrás de Esquilo viene Trasibulo, detrás de Diderot viene Danton.

La masa de la muchedumbre es apática y consiente en admitir un señor; la multitud se totaliza con facilidad en la obediencia, y se necesita removerla, empujarla, animar á los hombres, haciéndoles visibles los beneficios de la libertad, deslumbrándoles con ellos la vista y arrojándoles la luz á puñados; es necesario esto para que se salven, porque este deslumbramiento los despierta. Por eso hay necesidad de motines y de guerras y tienen que aparecer grandes combatientes que, con audacia, iluminen á las naciones y sacudan la apática humanidad; que cubran de sombra el derecho divino, la gloria de los Césares, la fuerza, el fanatismo, el poder irreparable y las majestades absolutas á las miradas de la multitud, que está estúpidamente contemplando esos sombríos triunfos de la noche en su esplendor crepuscular. ¡Abajo el tirano! De quién habláis? ¿Llamáis tirano á Luis Felipe? No, ni tampoco á Luis XVI.

Ambos fueron lo que la historia llama buenos reyes; pero los principios no pueden hacerse pedazos; la lógica de lo verdadero es rectilínea; con la verdad no hay por qué ser complacientes y hacerla concesiones; debe reprimirse la compasion que inspire el hombre: existe el derecho divino en Luis XVI y en la familia de Luis Felipe: ambos representan en cierta medida la confiscacion del derecho; para derribar la usurpacion universal es preciso combatirlos, y Francia, como siempre, es la que empieza el combate. Cuando el jefe cae en Francia, cae en todas partes.

¿Qué causa es más justa y, por consiguiente, qué guerra es más legítima que la que trata de restablecer la verdad social, de devolver á la libertad el trono, de restaurar plenamente la razon y la equidad, de aniquilar el obstáculo que el realismo presenta para realizar la